

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

*Año VIII*

*Barcelona 17 de Junio de 1897*

*Núm. 343*

E. BOUTIGNY



Revuelta de Pavía (1795)



## ¡Qué lástima!

Los grandes y hermosos ojos de la dama miraron entre benévolos y severos al amar-telado galán.

—Amigo mío, no olvide usted nunca que soy una mujer honrada...

Venancio Gomar lanzó un suspiro elo-cuentísimo; un suspiro que respondiendo á la observación de Clarita Zamboya, decía claramente:

—¡Qué lástima!

—Y siendo mujer honrada, ya comprenderá usted que soy incapaz de faltarle á mi esposo.

Venancio echó otro suspiro, más gordo si cabe que el primero, pero de la misma índole é idéntica significación.

Tras una nueva pausa, Clarita añadió:

—Como soy muy franca y muy sincera, no tengo reparo en decirle á usted que... que creo en la verdad del sentimiento que usted me jura haberle inspirado.

—¡Oh!... sí... ¡créalo usted!—exclamó en apasionado arranque el joven.

—Pero eso no es una razón suficiente para que yo atropelle la fe conyugal.

—A mí me parece que sí...—alegó tímidamente en voz baja Venancio.

—No señor; y repito á usted que no quiero faltarle á mi marido.

El galán hizo un gesto de profunda amargura.

—Amigo mío, yo no he de ocultarle que sólo podría pertenecer á usted y ser suya, en un solo y único caso.

—¿Cuál, señora?—interrogó ávidamente Venancio.

—Pues... en el caso de que llegara á faltarme mi esposo.

—Pero, Clarita, ¡por Dios!—profirió despechado el pretendiente—¿cómo quiere us-ted que falte á sus deberes conyugales un hombre que tiene ya sesenta y cinco años y es atáxico, asmático y sólo piensa en productos farmacéuticos?...

La dama sonrió ligeramente.

—Venancio, usted no ha comprendido el sentido que quise dar al verbo «faltar». Bien sé yo que mi pobre Calixto es incapaz de hacer una trastada ni de pensarla siquiera. En primer lugar, no existe para él en el mundo otra mujer que yo.

—Para mí tampoco...—exclamó patéticamente Gomar.

—En segundo lugar, sus arraigados principios religiosos y morales le vedarían abrigar culpables propósitos. Y en tercer lugar, sus años y sus achaques... Ya ve usted... ¡Oh! no; mi Calixto no querría ni podría serme infiel.

—Entonces ..

—Lo que yo quise decir—continuó Clarita—es que sólo podría corresponder legítimamente al amor de usted en el caso de que me faltara mi esposo; esto es: si Dios le llamara á su seno.

Al pronunciar con voz emocionada estas palabras, la bella bajó castamente la mirada. Lo cual le impidió observar la expresiva mueca que se le escapó á Venancio.

A quien le gustaba bárbaramente la mujer de D. Calixto, pero no hasta el punto de decidirse á cargar con ella matrimonialmente, el día que el respetable asmático cerrara el ojo.

Venancio era un joven dotado de muy buen sentido, si no moral, práctico. Aficionado á las faldas y amante de la economía, dedicábase con lisonjero éxito á la corrupción de señoras casadas, sistema que, además de halagar su libertinaje y su vanidad, le resultaba muy barato. Cuanto á casarse, claro que se casaría tarde ó temprano, pero tomando sus precauciones; esto es: dirigiéndose á una mujer soltera ó viuda (detalle para él indiferente), pero auténticamente rica.

Ahora bien: Clarita era, sin duda, una hembra superior, físicamente hablando; pero no tenía ni tendría jamás un cuarto. ¿Qué le podría dejar su marido, un pelele, un infeliz agente de negocios, al morirse? Nada; una patarata; cuatro muebles viejos y algunas docenas de duros en un rincón de la cómoda. ¡Vaya una ganga para un mozo tan listo como Gomar, que olfateaba acá y acullá muchachas casaderas con treinta mil duros, al menos, de dote!

Sin embargo, al oír la *indirecta* de Clarita, no quiso desperdiciar la ocasión de ser galante y dijo suspirando:

—¡Ay!... así se quedara usted viuda mañana... ó pasado...

—¡Jesús!... ¡qué atrocidad!—repuso la dama escandalizada, y tapando la boca de Venancio con una mano blanca y regordeta, que este besó con amoroso transporte.

\* \* \*

Líbreme el cielo de querer insinuar tan sólo que quiso premiar las secretas esperanzas de la honrada Clarita. Pero lo cierto es que una noche se despertó la solícita esposa, muy alarmada por



singular ronquido que resonaba junto á sus oídos, en el casto lecho nupcial.

—¿Qué tienes, hijo?... ¿qué te pasa?...

D. Calixto no contestó, por la sencilla razón de disponerse en aquel mismo instante á entregar su alma á Dios. Cuando el médico, llamado á toda prisa, acudió medio vestido, con los ojos soñolientos, sólo pudo declarar que allí no había nada que hacer, como no fuese vestir al difunto.

Venancio Gomar asistió al entierro, que fué pobrísimo y poco concurrido. Después de acomodar los restos de D. Calixto en un nicho de séptimo piso, la parca comitiva volvió á la casa mortuoria para ofrecer sus respetos á la desolada viuda. Venancio fué el último que se despidió, y al alargar su enguantada diestra á Clarita, ésta se la estrechó nerviosamente entre las suyas, miróle con ojos arrasados por el llanto y le dijo sollozando:

—¡Ay! amigo mío... usted es el único amparo que me queda en este mundo.

Gomar se sintió tan emocionado, que aquella misma noche tomó el tren para Francia.

\* \* \*

Al regresar, un año después, una de las primeras personas conocidas que se encontró en la calle fué Clarita; pero Clarita, consolada ya, más hermosa que nunca, vestida con suma elegancia y del brazo de un apuesto mozo que la miraba amorosamente y á quien ella se comía con los ojos.

Pasó Venancio junto á ella, rozándola, pero la arrogante hembra le miró un momento, indiferente y fría, sin contestar apenas al tímido saludo que él la dirigió.

### G. JACOBIDES



Aquella misma noche, en el café, uno de sus amigos, Juanito López, le sacó de dudas.

—¡Ah!... ¿has visto á Clarita?... hace una semana que casó con Terencio Rueda.

—Casamiento por amor ¿verdad?—preguntó irónicamente Gomar.

—Por amor y por dinero: los dos se quieren y los dos son ricos.

—Pero si ella no tenía una peseta...

—¿Ella?... te equivocas, querido... ¿Sabes cuanto le dejó aquel viejo tacaño de don Calixto, que todo el mundo creía más pobre que una rata?... ¡Más de ciento cincuenta mil duros en valores y créditos seguros!... ¿Pero qué tienes chico?... ¿Estás indispuerto?

—No... no es nada...—balbuceó Venancio, que se había puesto atrozmente pálido—un vahido...

Y el otro, revolviendo inconsciente el puñal en la herida, añadió:

—¡Qué lástima, tú que frecuentabas la casa de don Calixto, que no hayas aprovechado la ganga que se te ofrecía!... Habrías quizás podido casarte con la viuda...

¿A que no me encuentras?

JUAN BUSCÓN.



Junio

DESPUÉS DE UN AÑO DE AUSENCIA

¡Sí; te conozco! Tú eres  
el que siempre fué mi amigo,  
cómplice de mis placeres,  
de mis lágrimas testigo  
y mártir de mis deberes.

Tú fuiste el que en ansia loca,  
cegado por no sé qué,  
de amor labraste la roca  
cuya cumbre al cielo toca  
y por eso no se ve.

Tú, de un sueño en otro sueño,  
dicha, fortuna, esperanza,  
buscaste con vano empeño,  
y á cada instante que avanza  
me pareces más pequeño.

Mucho me hiciste rabiar,  
mas nunca llegué á olvidarte,  
y hoy que te vuelvo á encontrar,  
la vida quisiera darte  
para poderte besar.

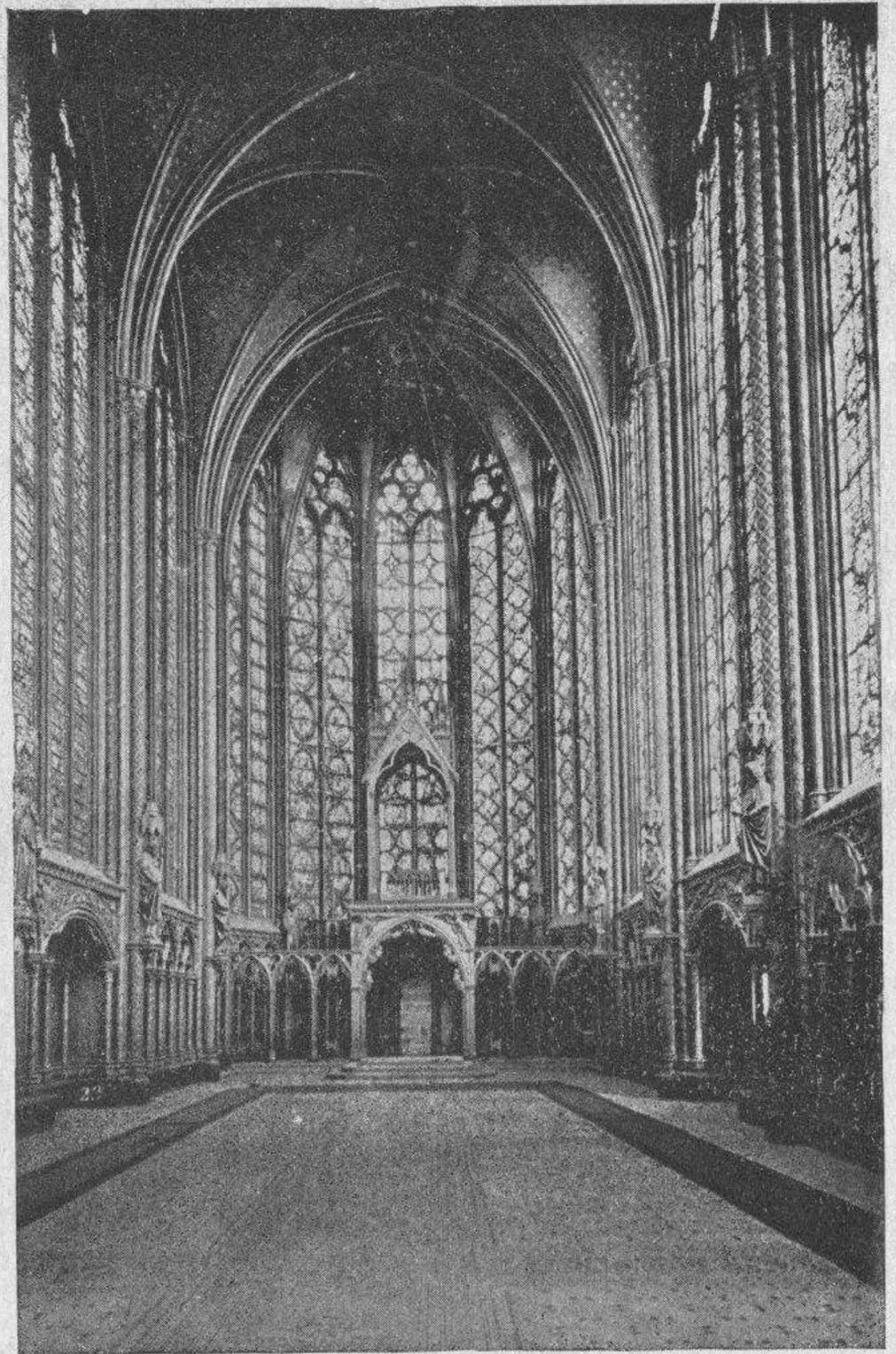
Algo cambiado te veo,  
mas tanto tu bien deseo  
que al derecho ó al revés,  
de cualquier modo que estés  
nunca me pareces feo.

Nadie como yo te amó,  
y diera mi vida entera  
y el alma que la animó  
si hallara quien te quisiera  
la cuarta parte que yo.

Tampoco, como otras veces,  
muy alegre me pareces;  
mas paso tu ceño adusto,  
que si alguna vez padeces  
de fijo será por gusto.

Consuélate, dueño mío,  
y por nada tengas pena,  
usa tu libre albedrío,  
y si tienes gana, cena,  
y arrópate, si hace frío.

Espejo en que á todas horas  
puedo mirarme con calma,



Capilla alta de la Sainte-Chapelle

imágen que nunca llora,  
pues hasta el murmullo ignoras  
de las borrascas del alma.

Tú cuyos vivos colores  
á pesar de ser postizos  
tendrán siempre admiradores,  
déjame tocar tus rizos  
á falta de otros mejores.

Y deja que al verte así  
diga, al recordar con duelo  
lo que soy y lo que fui:  
—¡Ay! ¿por qué no me hizo el cielo  
insensible, como á tí?

MANUEL DEL PALACIO.

## El beso de un alma

Juan entró frotándose las manos; allá fuera, en aquella maldita calle, corría un gris que helaba, pero allí no; la atmósfera estaba caldeada, y sobre todo, el trabajo hace entrar el cuerpo en calor... pensó Juan, mientras se quitaba la capa y se ponía la larga blusa negra con vivos amarillos, y cogiendo un bisturí, se acercaba á la mesa. Allí, sobre el mármol, descansaba el cuerpo helado de una mujer joven y hermosísima, de una mujer que se aparecía á los ojos atónitos de Juan como un arquetipo ideal de la belleza, como una revelación de algo infinito que no era el calor de la carne tibia, el dulce cosquilleo de los labios de rosa en las mejillas, el rumor de palabras dulces en el oído, el goce grosero del amor material é impuro, sino de algo grande, de algo hermoso, que nada tenía que ver con la carne, y que, sin embargo, la carne había engendrado: algo que era como los sueños puros de una virgen de quince años; algo que, nacido allí dentro, en el corazón, fluía con la sangre enardecida al cerebro, donde estallaba y se revolvía como estalla y se revuelve la ola contra el peñón que la detiene y la doma, como se revuelve y estalla la cólera de la fiera contra la pericia del domador que la subyuga. El corazón se había enamorado, y lanzaba á la sangre ardiente y tempestuosa á combatir aquel frío razonador de la boardilla, aquel eterno calculador de la cabeza, aquel cerebro repleto de cosas y hechos que al corazón le parecían pequeños, pues para él no había cosa digna, fuera de aquel amor imposible que ansiaba. Y venció el corazón.

Juan se adelantó y cogió una mano del cadáver; y al percibir el frío de la muerte, sintió miedo y volvió la cabeza.

Estaba solo, completamente solo.

El aire se filtraba por los resquicios de las viejas puertas de la sala de disección, y hacía tambalearse medrosa y ridículamente los articulados muñecos de cartón que, colocados á los lados de la mesa, trajeron á la memoria de Juan, por no sé qué extraña relación, los armatostes de lienzo que colocaban en la iglesia de su pueblo en el monumento; la luz zenital era escasa, y el tinte gris de las nubes se reflejaba débilmente en las mesas de cristal en que descansaban los aparatos. Juan sintió deseos de correr, pero la cara sonriente de la muerta parecía decirle: «Ven..., acércate..., no temas... Yo también te amo como tú á mí... ¿No te inspiro confianza?... ¿Acaso has visto algún hombre que huya de su amante?...» Y se quedó allí, junto á la mesa, clavado, con la vista fija en el rostro hechicero de la niña pálida, sonriente, con los cabellos rubios, abundantes y sedosos, cayendo sobre su frente en artístico desorden, con los ojos medio entornados, la boca pequeña como la de un gatito, plegada y dejando ver unos dientes iguales y blanquísimos, y con aquel hoyito en la barba, menuda señal del dedo del angel de los amores, que incitaba á depositar en él besos ardientes. La vista de Juan pasó del rostro al cuerpo, y entonces, al contemplar aquellas carnes frescas, tersas, á las que la muerte había dado un tenue color opalino, el estudiante sintió en todo su cuerpo algo que no se podía explicar... No era la naturaleza que despertaba; era el espíritu, el alma que se sentía cada vez más fuertemente atraída por aquel precioso pedazo de carne, que tiraba de él hacia sí con aquella eterna sonrisa de sus labios helados, que le incitaba cada vez más con la soñolienta expresión de sus entornados ojos sin luz y sin vida, que le atraía con la exuberancia de la vida que fué, que le subyugaba con la fuerza de su abandono, de la suprema dejadez de la muerte. Por la mente de Juan pasó este pensamiento: Las bodas de la vida son la muerte... la unión de la nieve y el fuego... la cópula imposible de la materia y el espíritu... ¡Oh, no, nunca!... Y retrocedía sin apartar la vista del lindo despojo, asiéndose, para efectuarlo, á la mesa de mármol; mas, ¡vana tarea! su voluntad era impotente para contrarrestar la atracción irresistible; Juan no podía apartar los ojos de la cara de la muerta, y ésta, con expresión de placer, parecía decirle: «Ven..., acércate..., ¿por qué huyes?...» y hasta la sonrisa de sus labios, para siempre mudos, parecía apostrofarle con amarga expresión de burla, diciendo: «¡Cobarde!» Y Juan quería huir, pero aquella invi-



En el colegio

tación y aquel insulto que germinaban en el rostro de su imposible amante, le atraían de un modo más imposible de contrarrestar; la sangre se le enardecía por instantes, y fluía con rapidez de vértigo al cerebro; en sus oídos, un ruido ensordecedor le atronaba los tímpanos, y en su cabeza parecían reñir su postrer combate los siniestros dioses de la Razón y la Locura.

Y no luchó más; se acercó, cogió la cara del cadáver, que le sonreía, y al separar los rubios cabellos de la frente, pensó: ¿Y su alma?... Y miró arriba, buscándola en el cielo. Pero aquella nube gris que todo lo cubría, no se la dejó ver.—¡Ah, es inútil, no tengo más que el cuerpo!... Separó los cabellos, levantóle la cabeza, le abrió los ojos y la besó sobre la frente. Y loco, extraviada la vista, agitado por un frío que parecía como que le comunicaba la muerte, el infeliz repetía con vehemencia estrujando en sus brazos el frío montón de carne muerta, haciendo enrojecer las lívidas mejillas al calor de sus besos de fuego:—¡Mujer, mujer! ¿Qué me quieres?...

Y ella sonreía, sonreía con aquella eterna sonrisa velada, cruel, con aquella sonrisa enloquecedora, y su alma, su hermosa alma, se asomaba por detrás de la nube, de la nube gris y le mandaba un beso envuelto en un rayo de sol melancólico y triste como los amores de la muerte!...

JOSÉ DE CUELLAR.

## Cantares

Tanto pienso en tí, cariño,  
que de repetir tu nombre  
ya no me acuerdo del mío.

En el juntarse, hay cariños  
lo mismo que las estrellas,  
que parece que se tocan  
y están á cincuenta leguas.

El amor de la coqueta  
es la luz del farolero,  
que, siendo tan pequeña,  
enciende tanto mechero.

No te burles si estás alta  
que somos cubos de pozo  
y luego estaré yo arriba  
y tu bajarás al fondo.

Cuando me digiste *sí*  
de aquel árbol á la sombra  
¿por qué no se volvió el árbol  
el cura de la parroquia?

Ve al telégrafo y verás  
que en todas partes se pagan  
las palabritas de más.

Al acabarse un cariño,  
como al matar una vela,  
más que la luz que se apaga  
siento el tufillo que deja.

¡Qué bonita penitencia  
me han echado en el convento!  
que, cuando venga tu padre,  
le digamos *Padre Nuestro*...

Luciérnagas de ciudad  
y luciérnagas del campo,  
de lejos parecen luces  
y de cerca son gusanos.

Tres gustos me das al verte,  
el de verte y á la vez  
el recordar que te he visto  
y el pensar que te veré.

LUÍS ROYO VILLANOVA.

## El gladiador

Á D. ALFONSO PÉREZ NIEVA

Rebosa el circo de gente  
Que en el ancho graderío  
Con inmenso vocerío  
Se amontona estrechamente.  
Es el pueblo que, impaciente  
Por ver escenas de horror,  
Se conmueve en derredor  
De aquel centro de matanza,  
Comentando la tardanza  
Del augusto emperador.

Los patricios y pretores  
Lucen la toga viril;  
El populacho febril  
Sus trajes de cien colores.  
Ricas telas, frescas flores  
En vistosa profusión  
Embellecen la mansión,  
Como si la fiesta fuera  
Grata verbena que hiciera  
Deleitarse al corazón.

Matronas cuya hermosura  
Celebra el pueblo romano,  
Con las copas en la mano  
Y en la mirada la hartura,  
Medio envuelta la cintura  
Por transparente cendal,  
Se inclinan en el sitial  
Junto á aromática llama,  
Mientras que el Chipre derrama  
Su rojo y claro cristal.

«¡El César!» con un rugido  
Grita la gente en redor,  
Y llega el emperador  
Por cien esclavos seguido.  
Su rostro grave y erguido,  
Del alma retrato fiel,  
Apareció en el dintel  
De la tribuna eminente,  
Llevando la noble frente  
Coronada de laurel.

Pisa al momento la arena  
Cruzando la extensa plaza,  
Cubierto por la coraza,  
Con la mirada serena  
Y el alma de gozo llena,  
Musculoso gladiador  
Que espera por su valor  
Alcanzar sin sacrificio  
El anillo del Patricio,  
Que es el premio al vencedor.

Flavio se llama; en su pecho  
Vive amor inextinguible;  
Contempla frío, impasible  
El circo para él estrecho.  
Viendo fundido y deshecho  
Por influjo de un rival  
Su cariño sin igual,  
Juega al albur de la suerte,  
Ser noble ó hallar la muerte  
Luchando en el arenal.

Servilia, su prenda amada,  
Siempre ingrata y fementida,  
Le contempla distraída  
Desde el alto de la grada,  
Pues de Octavio enamorada  
No piensa en Flavio siquiera,  
Y verle vencido espera  
Sin sorpresa y sin horror,  
O por otro gladiador,  
O en las garras de una fiera.

Comienza por fin la lucha:  
Corre la sangre humeando;  
Se escucha rumor nefando,  
Clamor de muerte se escucha.  
Mas aunque la fuerza es mucha,  
Y mucho el aliento es  
Y el arrojado de los tres  
Que á Flavio solo atacaron,  
Los tres al cabo quedaron  
Muertos de Flavio á los pies.

Espantoso, delirante  
Se alzó el temible varón,  
Esgrimiendo su espadón,  
Echando fuego el semblante.  
—¿Hay alguno en este instante,  
Compañero ó enemigo,  
Gritó del miedo al abrigo  
Que su valor infundiera,  
Hay algún hombre que quiera  
Medir sus fuerzas conmigo?

Reinó silencio un momento;  
Después un hombre salió,  
Y armado se presentó  
Con heróico valimento.  
—¡Yo, dijo con ronco acento,  
Quiero vengar un agravio.  
Y estremecido su labio  
Y echando atrás la cimera,  
Dijo con grito de fiera:  
—¡Mírame! ¡Yo soy Octavio!

—¡Mi rival! gritó furioso  
Flavio, blandiendo el acero.  
Combate terrible y fiero,  
Abominable y odioso,  
Sin descanso, sin reposo  
En uno y otro rival,  
Con rapidez sin igual  
Trabaron, que al pueblo espanta,  
Mas pronto en una garganta  
Brilló clavado un puñal.

Octavio cayó en el suelo;  
Soltó el arma que blandía,  
Lanzó clamor de agonía  
Y espiró mirando al cielo.  
El vencedor en su anhelo  
Erguido sobre él quedó,  
Servilia se desplomó  
Sobre el bordado banquillo,  
Y el César lanzó el anillo  
Y el pueblo entero aplaudió.

J. M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.

ANDRÉS PETRONI



Instrucción obligatoria

Mlle. BASHKIRTSEFF



Meeting callejero

## Odio de casta

Un prelado español ha tenido hace pocos días el valor de decir lo que muchos piensan, lo que otros sienten de un modo confuso; pero que nadie se atrevía á proclamar alto y claro como debe hacerse. Recordando las ejecuciones de varios reos que en corto espacio de tiempo se han verificado en Vich, pregunta si la sociedad tiene el derecho de castigar con el último rigor á seres que ha dejado abandonados al viento asolador de todas las malas pasiones y que ha oprimido de un modo vergonzoso desde su infancia. Y á la pregunta contesta valientemente con una negativa.

Cuando tanto temor inspira la cuestión social, cuando los estadistas que merecen tal nombre consideran con verdadero pavor las contingencias del porvenir, ¿cómo no hay nadie que se atreva á recoger la semilla sembrada por ese sacerdote que demuestra ver más claro que sus hermanos? El desmedido amor al dinero, el poderío incontrastable que su posesión otorga, los respetos que merece, las bajezas que inspira, hace que en nuestra sociedad, que presume de igualitaria y democrática, renazca el odio de castas que tantas desdichas ocasionó durante pasados siglos y que ha dejado una levadura maldita y destructora en la inmensa mayoría de los cerebros. Hoy que tenemos todas las libertades, incluso la de morirnos dignamente de hambre en un rincón, no hay quién levante la voz para recordar á los poderosos el yerro que cometen oprimiendo á los débiles. Se ha llegado á un servilismo inconcebible. No hay quien recuerde al patrón rapaz y tan romo de inteligencia como desprovisto de escrúpulos, que todos los hombres son de igual madera, que sujetos están á unas mismas miserias y que sólo es fuerte y poderoso el que á tanto alcanza porque los demás se lo permiten. No hay quien le diga que no podría mandar si no encontrase gente dispuesta á obedecer.

No hay quien condene como es debido las prodigalidades escandalosas que á diario se perpetran, en tanto que miles y miles de hombres mueren de hambre. No hay quien ataje la insolencia de los opulentos. Los que de-listos quieren pasar plaza, no osan romper lanzas en favor de los desheredados; prefieren hacerse cortesanos de la riqueza, sin considerar que se envilecen sin provecho propio.

¿Qué mucho que los malos tratos, el abandono, el desprecio hacia los inferiores, engendren el odio que amenaza desde la sombra, el odio inextinguible que espera paciente-mente la ocasión de la venganza sin que desarme su brazo ni el tiempo que transcurre, ni la muerte que no interrumpe su obra? ¿Cómo imaginar que el mal que se siembra no ha de producir, más ó menos tarde, cosecha abundante de desdichas? Ley eterna es que cada cosa engendre su semejante; ¿cómo pensar que no germinará un grano sembrado en tierra tan fértil como es el corazón humano?

Con veinticuatro horas de diferencia he presenciado dos hechos que patentizan que el mal se siembra á grandes dosis.

La primera escena es en la plataforma de un coche del tranvía. En tanto que el carruaje está en marcha, un niño sube esperando vender algún diario. El muchacho anuncia su mercancía en alta voz. Un imbécil coje la gorra del muchacho y la tira al suelo. El niño, para coger la gorra, se tira de cualquier modo del vehículo, tropieza y cae de bruces. El estúpido va elegantemente vestido, y sin duda imagina que ha hecho una gracia.

La segunda escena, junto á la puerta de un café. Una mujer harapienta lleva de la mano dos niñas y pide limosna. Un malvado la insulta groseramente, y al preguntarle la mendiga por qué le dirige aquellas invectivas, contesta que porque le fastidia que le pidan limosna.

—¡Dios le libre á usted de tenerla que pedir, caballero!

La mendiga sigue su camino. Las niñas han mirado al que insultaba á su madre.

El necio que profirió los insultos ¿está seguro de que su imagen no quedará grabada en la memoria implacable de las niñas que han oído las blasfemias, que han presenciado la afrenta?

¡Cuántas, cuántas veces he presenciado escenas vergonzosas entre un patrón necio y ensoberbecido y unos infelices obreros que tenía á sus órdenes, y que no habían cometido más pecado que ser hartos humildes! Y aquel que no se doblegaba bajo la afrentosa ignominia, quedaba sin pan.

Entre tanto, los literatos se entretienen contando cuentos, explicando adulterios que agradan á los mansos de espíritu y á los pervertidos de corazón; los periodistas discuten los méritos de tal ó cual ministro.

Y en la sombra, donde se cumplen los grandes misterios y se realizan las fecundaciones, crece en hierba la semilla y la hierba grana á su vez. ¡Guay del campo donde la cizaña crece á la par del trigo, si no hay una mano que la arranque!

A. RIERA.

ESCULTURAS DE CARNE



Amor que lo inspira

*Fot. Stebbing*

(CUENTO)

Con sobrada justicia  
sostuvo un pleito  
y acabaron su hacienda  
costas y réditos,  
y el mismo año  
por supuesto delito  
le procesaron.

En la cárcel el pobre,  
perdido todo,  
sin amigos, sin deudos,  
se volvió loco;  
con la manía  
de no hablar de otra cosa  
que de justicia.

Se murió al fin y al cabo;  
y hacia el empíreo  
fué llevado en los aires  
su pobre espíritu,  
dichoso y libre  
de escribanos, de jueces  
y de alguaciles.

Ya del cielo á las puertas,  
cuando allí el alma  
fué á pesar sus virtudes  
y sus desgracias,  
el angel bueno  
murmuró: «Es de justicia;  
le sobra peso».

¡Quién tal dijo! Faltóle  
tiempo bastante,  
para que dando un brinco  
se le escapase,  
como una flecha,  
como arista liviana  
que el viento lleva.

Justicia le dijeron  
y huyó al espacio  
más deprisa que un alma  
que lleva el diablo,  
diciendo: «¡Cuerno!  
¿En el cielo hay justicia?  
¡No voy al cielo!»

SALVADOR GOLPE.



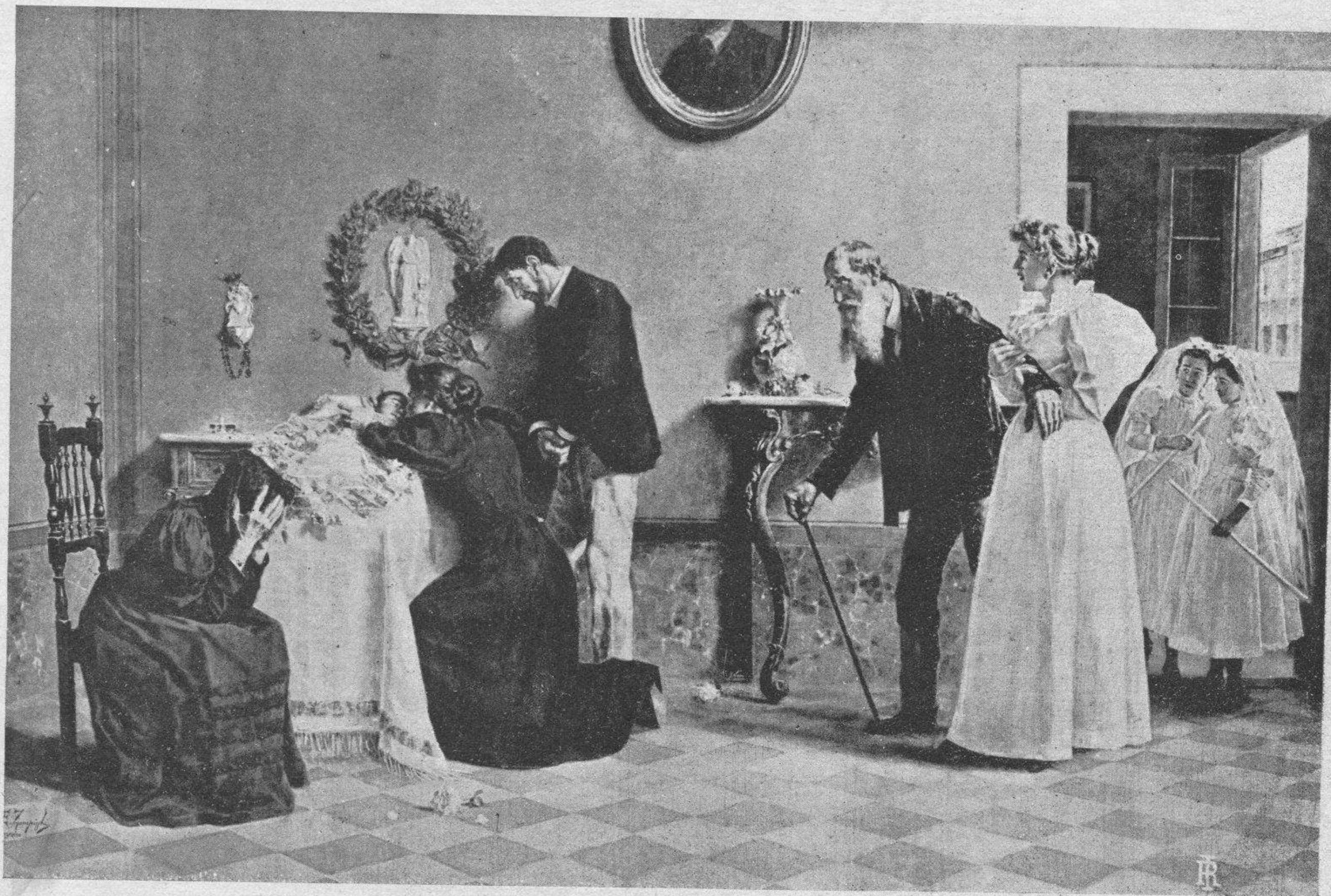
¡Miedo al agua!

« La Toca »

I  
— Esa resolución es un absurdo...  
¡Cubrir tu frente con la blanca toca  
y ese cuerpo gentil con paño burdo!...  
¡Tú estás loca, Dolores!... ¡Tú estás loca!  
Ten compasión de mis dolientes quejas,  
y oiga yo de tu boca,  
que te convence mi palabra amante,  
y que jamás las rejas  
pondrán líneas de sombra en tu semblante.  
Esclava de un ardiente misticismo,  
vas á un convento, á ciegas,  
como marcha el suicida hacia un abismo,

y, creyendo obrar bien, á Dios te entregas.  
Lola, Lola, repara  
que, si Dios te quisiera, cual supones,  
no hubiera puesto en tu preciosa cara  
tal conjunto de sumas perfecciones.  
Aunque es grande tu anhelo,  
tu error es más profundo...  
¡Dios te vió muy hermosa, y te echó al mundo!  
¡no te quiso en el cielo!  
¡Sean del mundo, los que al mundo bajen!  
Piensa un poco con calma,  
y adora á Dios en mí, ¡porque en el alma  
le llevo, confundido con tu imagen!

E. ZAMPIGHI



El último beso

## II

Aunque Juan suplicó, todo fué en vano,  
pues, poniendo más altos sus amores,  
con un desprecio grande por lo humano,  
profesó, al fin, Dolores.

Y, sólo en Dios su pensamiento fijo,  
en un místico arrobo de ventura:

—¡Seré una santa!—dijo.

—¡Sólo á Dios pertenece mi hermosura!—

Y, escuchando el murmullo  
de la gente, en la iglesia amontonada  
para verla mejor, por su mirada  
pasó como una ráfaga de orgullo.

## III

—Y ahora, ¿qué tal estoy?—le dijo un día  
al pobre Juan, que tras la reja estaba,

mostrándole la toca que cubría  
su cabeza gentil... Y él, que callaba,  
lleno de una ansia indescriptible y loca,  
creyó que se burlaba, y á esta idea,  
sintióse enfurecido, y—¿Con la toca?—  
respondióla en seguida:—¡Pues, muy fea!

## IV

Y Sor Consolación, al otro día,  
presa de extraordinario desconcierto,  
así á otra compañera le decía:

—Al regar las patatas en el huerto,  
me encontré... me encontré... ¡Virgen María!  
(y levantaba sus convulsos brazos...)

—Hermana... me encontré... ¿Quién lo diría?...  
¡Una toca en el suelo hecha pedazos!...

LUÍS DE ANSORENA.

## C. BECKMANN



Una boda en la aldea

## Desde el horno

¡Uf, qué calor!

El aire hierve, la atmósfera parece como que podría amasarse, y los mortales que en el mundo somos estamos respirando fuego derretido.

Si yo fuera revistero, y revistero *cursi*, diría que Dios ha escrito el pentágrama de la estación presente en clave de *sol*.

¡Y qué sol, caballeros! Siguiendo la imagen anteriormente *inaugurada*, podemos decir que es este un *sol*... que tiene tres bemoles.

\*  
\*  
\*

Los que con él (con el sol) deben estar sumamente resentidos, son *Badila*, *El Chato* y *Amaré*.

Que sufren este año, por parte del rubicundo Febo, una competencia desesperada. Porque... ¡cuidado si *pica*!

\*  
\*  
\*

Pero sin *sol* (departamento de la Plaza de Toros) ó con *Sol* (ex-diputado de la coalición republicana), lo cierto es que la temperatura va haciéndose intolerable y que, de seguir así, va á ser preciso que tomemos serias medidas para combatir sus desastrosos efectos.

Las primeras que voy yo á tomarme van á ser las de un traje de dril ó de piqué, propio de la estación.

Una vez lo tenga, voy á trabarme de palabras con alguien, para ver si logro que este alguien me diga cuatro *frescas*.

Luego voy á promover un escándalo, ó á robar un reloj, ó á asesinar á alguien... ¡qué sé yo!

El caso es cometer un delito.

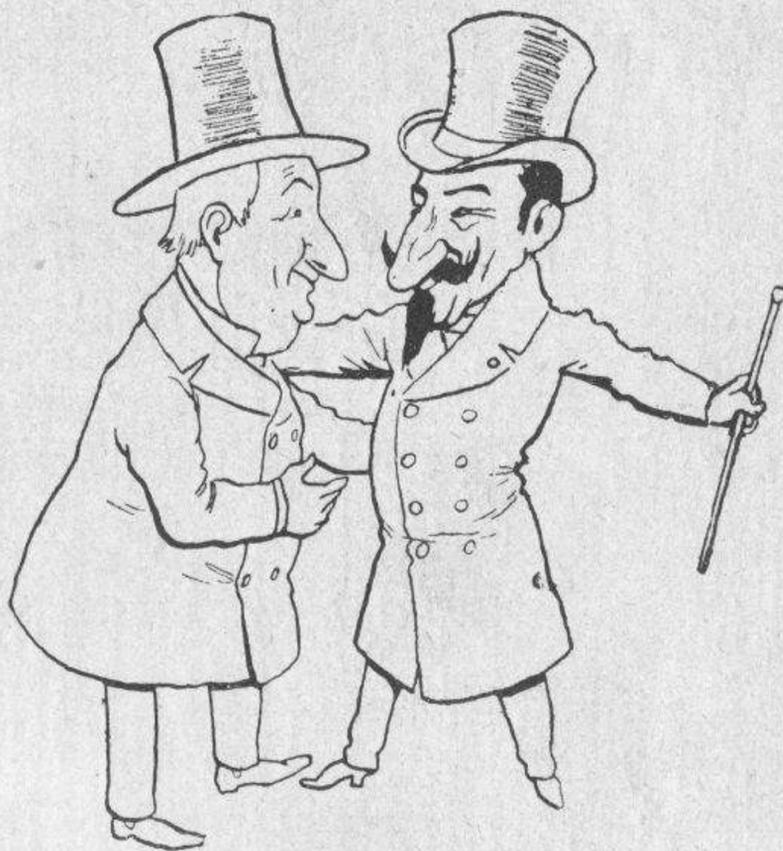
Porque, aun cuando no estoy en Madrid, y no puedo ser llevado al *abanico*, conseguiré, por lo menos, que me pongan á *la sombra*.

Y si ni aun así logro mi objeto, me voy á *Buenos Aires*, donde canta actualmente la *Nevada*, me caso con una *Nieves* y me vengo á vivir con ella á un monte de Andalucía, de nombre sumamente *apetitoso* en esta calurosa época del año.

¡A *Sierra-Nevada*!

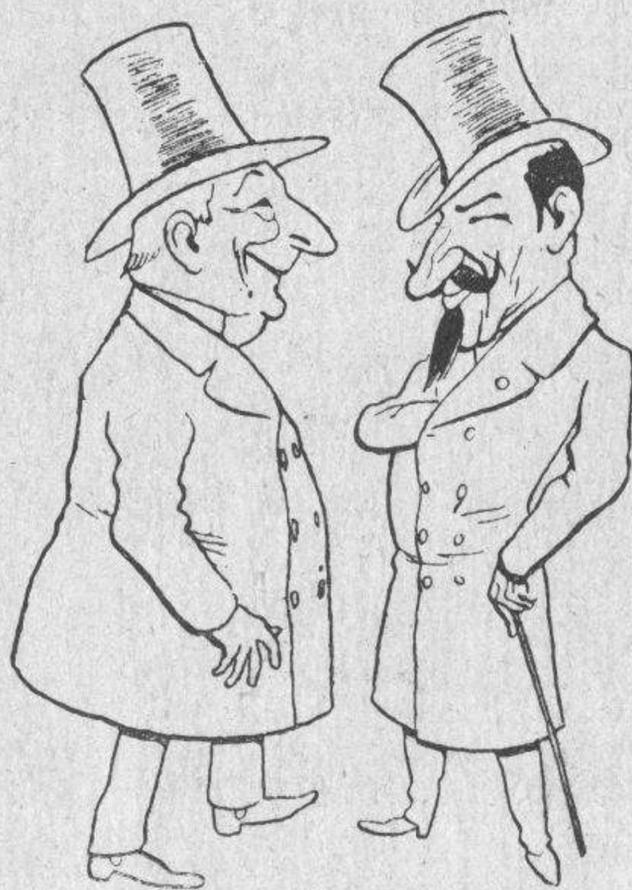
---

¡AL CORAZÓN! POR XAUDARÓ



—¿Pero es posible que no me conozcas? No te acuerdas de Nemesio?

—¡Hombre, sí, es verdad!



—¡Gracias á Dios! Pues no he cambiado sino de jerarquía; ahora soy Coronel... Pero conservo mis facultades... Ya ves, aun sé colocarme la chistera en orden de batalla...

¡Oh, pintores! ¡Seres felices! ¡Si viérais cuánto os envidio!  
Vosotros no sudais el quilo, ni teneis necesidad de tomar baños, ni de romper abanicos...  
Vosotros podeis coger los pinceles y ponerlos á pintar *al fresco*...

\*\*\*

Pero observo que tomo el asunto con demasiado calor... y es preciso distraerse.  
Busquemos alguna novedad, hablemos de sucesos recientes, de noticias *frescas*, como quien dice.

¡Ay! ¡frescas!

A ver, cojamos un diario cualquiera.

¿De qué trata? De ciertos síntomas que se notan entre los partidarios de Sagasta.

«No puede negarse que en el partido fusionista corren aires de rebelión...»

¿Corren aires?

¡Ay!

¡Yo voy á ingresar en ese partido!

\*\*\*

Como ven ustedes, vuelvo siempre á lo mismo.

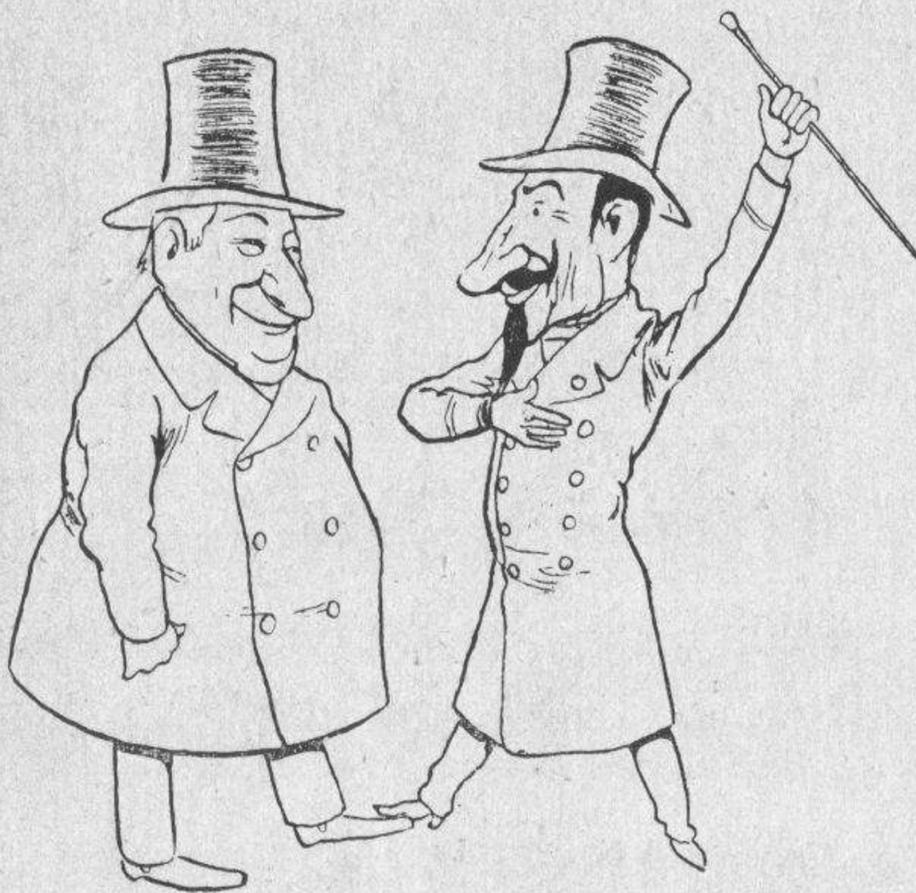
¿Qué hacer, Dios mío? Me echo á la calle en busca de novedades.

Paso por la Rambla del Centro y allí, en una tienda leo:

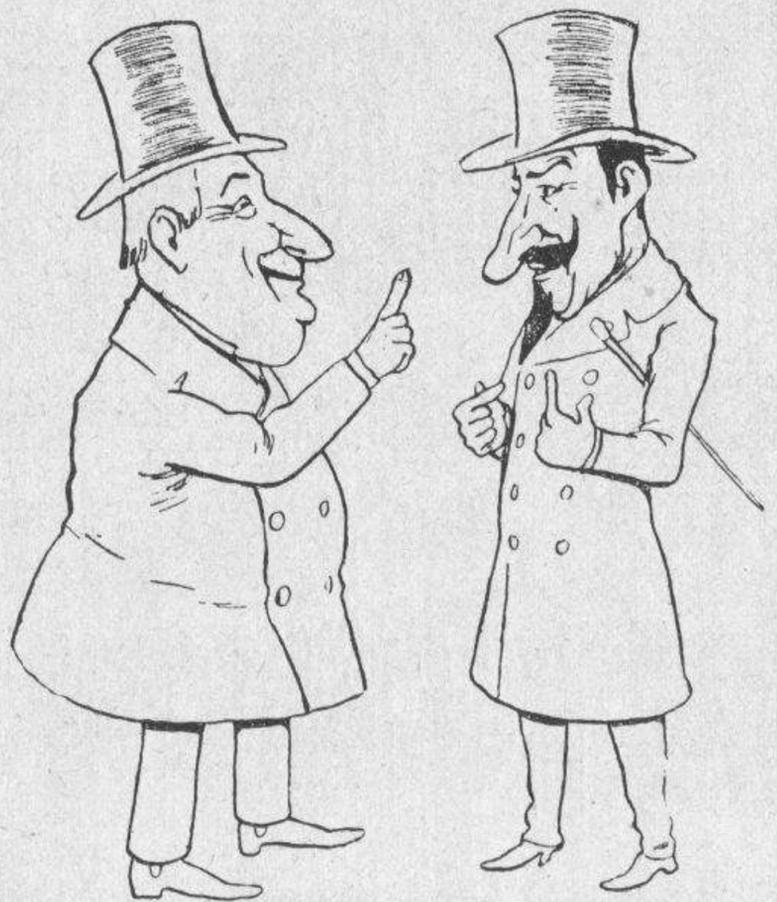
VENTAJA POSITIVA  
GRAN LIQUIDACIÓN DE GÉNEROS

¡Oh! Cataratas de sudor se despeñan por mi cuerpo... y noto que yo me parezco á esos géneros...  
¡En qué me *liquido*!

¡AL CORAZÓN! POR XAUDARÓ



—Pues, ya sabes que ésta era la prenda elegida para las conquistas amorosas... Porque, aquí donde me ves, llevo ya más de veinte duelos encima, y por faldas... sólo por faldas...



—¡Apostaría que te hieren siempre!  
—¿A mí? ¡Quita, *infelice*!

Por último:

¿Saben ustedes en que se diferencia Dios del calor de este verano?  
En que Dios, según la afirmación popular, aprieta, pero no ahoga.  
Y este año el calor aprieta también... ¡aprieta y ahoga!

J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

## Vámonos á la playa

Prepara ya los trebejos,  
prepara los prendas amada,  
puesto que la temporada  
de los baños no está lejos.

El hábito de nadar  
que tú tienes adquirido,  
te obliga, como es sabido,  
á ir en verano al mar.

La ocasión de hablar sin tasa,  
libres de tu papá, es esa;  
porque ahora vives presa,  
y sales poco de casa.

Y entónces, como tu autor  
sólo por pescar va allí,  
no vé que te pescó á tí  
en las redes de mi amor.

Razón por la cual, no hay año  
que yo trás de tí no vaya,  
á disfrutar de la playa,  
¡y á verte tomar el baño!

¡Qué espectáculo tan bello  
el que entónces el mar brinda!  
¡Y cuidado, que estás linda  
y fresca... con agua al cuello!

Tus hechizos adivino  
desde la orilla arenosa,  
¡y daría cualquier cosa  
por volverme *submarino*!

¡Pasatiempo de verano  
que el deleite al alma trae!  
¡Única vez que me atrae  
la inmensidad del Océano!

Con traje de baño estás  
deliciosa, aunque no quieras.  
¡Dios mío, si tú lo vieras!...  
Digo, ¡si yo viera más!...

Quando te acercas con pausa  
hácia el agua, en tu semblante  
veo clara, aunque distante,  
la impresión que el mar te causa.

A medida que te internas,  
y sube más el nivel...  
¡se me pone á mí la piel  
de gallina en ambas piernas!

Y digo yo, para mí,  
siguiendo tus movimientos:  
—¡Caramba! ¡En estos momentos  
ya le llega aquí ó allí!

Todo, lugar por lugar,  
lo señala el dedo mío;  
¡y tú perdona, en estío,  
mi modo de señalar!

Esto pasa de la raya,  
contestarás, ruborosa;  
pero, chica, ¡alguna cosa  
he de hacer yo allí en la playa!

Si no ceso de mirar...  
no vayas á suponer  
que es por nada; no, ¡es por ver...  
lo que te pueda pasar!

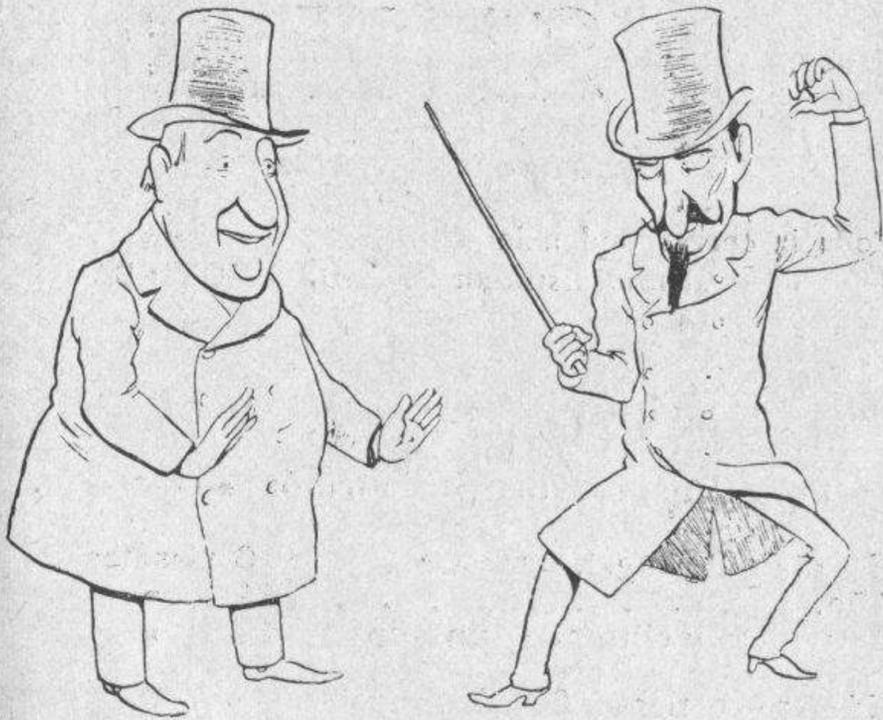
A veces, me desespero  
viéndote hundir, de repente,  
entre aquella espuma hirviente,  
que te arrebata el sombrero.

Mi labio el agua maldice  
y de mi estupor no salgo  
hasta que me enseñas algo...  
¡algo que me tranquilice!

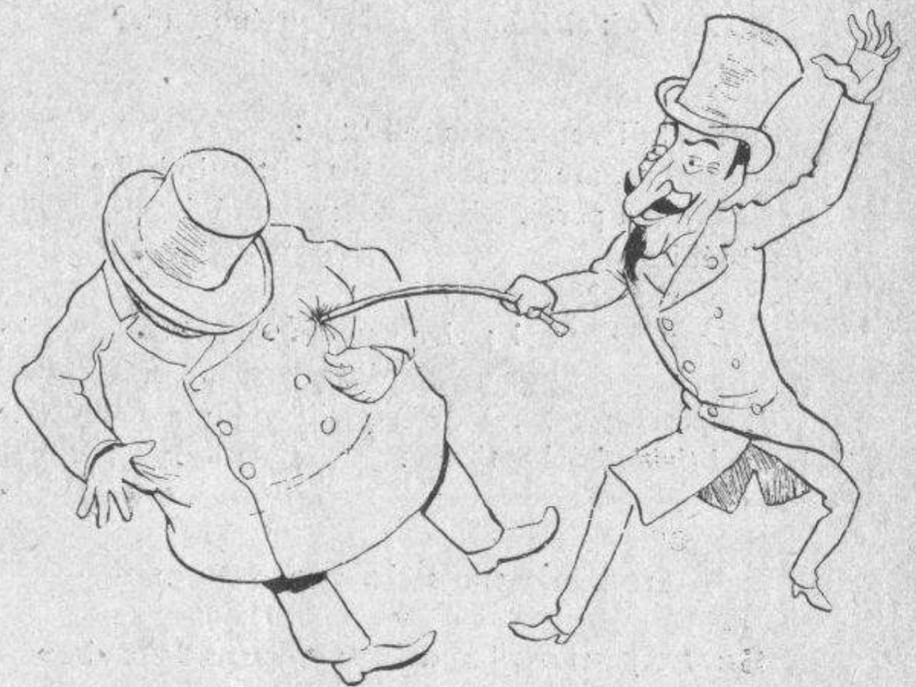
Ya ves, que mi ocupación  
es muy cándida de veras.  
¡Una de tantas maneras  
de tocar el violón!

F. ROIG BATALLER.

## ¡AL CORAZÓN! POR XAUDARÓ



—¡Tengo la estocada segura siempre! ¿Ves? ¡En guardia! ¡Una, dos!...



—¡Y tres!...  
—¡Ay!  
—¡No, no marra!



¡Vamos, hombre, que esto no puede ser!

«En el pueblo de Tausloc (Holanda), hay un magnífico criadero de aves de corral, donde se expenden anualmente seis millones de pollos, gallinas, pavos y capones, y una millonada, aun mayor, de cestas de huevos.»

¿Una millonada... mayor que seis millonadas?

Dígole á usted ¡oh, caro colega de quien tomo la noticia, que eso no puede ser!

Como no puede ser tampoco que una millonada sea aun mayor que otra.

Porque ambas son... un millón sencillamente.

¡Digo! ¡á no ser que usted sea de los que creen que una arroba de paja pesa menos que una arroba de plomo!



Leo en un periódico de provincias:

«Ayer fué puesta á disposición del Juez de instrucción una timadora joven y muy guapa, que.....»

Basta.

¿Con qué á la disposición del señor Juez de instrucción la joven que es un encanto?

¡Quien fuera Juez, cielo santo! (dicho sea con perdón).



Una duda que há tiempo me importuna:  
Por capricho, ó tal vez por penitencia,  
se dedica tu esposo á la abstinencia.  
Pero dí: si él se abstiene ¿quién ayuna?



Entre el director y un redactor:

—Hombre, me parece que este artículo lo he leído yo en alguna parte. Diga usted: ¿es inédito?

—Inédito.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! ¡mire usted si es inédito, que lo publiqué en el *Diario Catalán*!

Y, efectivamente, el director quedó convencido de la *ineditividad* del artículo.

Los apuros de un director

6

Se suprime la «Correspondencia»

Decididamente, lo mejor que podía hacer aquella semana el director de LA SAETA, era suprimir la sección de *Correspondencia*.

Porque el calor (como ya habrán ustedes visto más arriba), le agobiaba, apremiábale el tiempo y la falta de mérito de la mayoría de las composiciones recibidas, poniale de un humor de todos los diablos.

Esta última razón, sobre todo, moviale á suprimir aquella semana la *Correspondencia*.

Porque ¿cómo decir, por ejemplo, al señor J. S. M., de Barcelona, que su artículo era impublicable, porque sobre ser largo, acusaba en el autor una capacidad... lo contrario que el artículo? ¿Cómo decir al señor J. H. O., de Madrid, que su composición, que recibí el día 12, no llegó á tiempo para entrar en el número pasado, con lo cual ¡oh, dolor! volvió de nuevo á perder la oportunidad? ¿Cómo, sin faltar á las más rudimentarias reglas de la galantería, aconsejar á la apreciable colaboradora que firma *Fumenita* que se dedique, como es su deber, al cuidado de su casa y al zurcido de la ropa, dejando el camino de la literatura, por el que por lo visto, no la llama Dios?

No; lo mejor era que no contestara á nadie.

Así no tendría que decir á los señores *Mamerto* y P. P. M., que para hacer versos, lo primero que se necesita... es saber hacerlos, cosa que á ellos les falta; así el señor C. de la R. V., no podría ofenderse al ver rechazada su composición por excesivamente verde, excesivamente sosa y excesivamente larga, lo que constituye tres excesos; así, por último, los señores A. V., M. C. y Paredón, no sabrán que á sus versos se les ha hecho la justicia debida, condenándolos á no ser publicados en LA SAETA en lo que me resta de vida..., y Dios permita que me reste mucho.

Verdad es que así tampoco sabría el señor Z. Z. Z., que uno de sus cantares, el último, está divinamente hecho y es uno de los pocos cantares *verdad* que he leído en mucho tiempo; pero ¿qué importaba esto, si el señor Z. Z. Z., es uno sólo y los autores de las composiciones inadmisibles son muchos?

Nada; lo mejor que podía hacer aquella semana el director de LA SAETA, era suprimir la *Correspondencia*.  
Y la suprimió.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . . . .	6 pesetas
Año . . . . .	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H<sup>nos</sup> y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona